

«Un sacerdote debe ser...»

†Agustín Cortés Soriano

1. Entre el cielo y la tierra

Por caminos misteriosos de la Providencia (algunos hablan de «casualidades») he tenido contacto con un sacerdote misionero, operario diocesano, Carlos Comendador, que trabaja en el centro Mchungaji Mwema, un seminario en Lubumbashi (República Democrática del Congo). Otro hermano en situación límite y, por ello, testimonial. Tuvo la feliz idea de hacer unos sencillos calendarios para invitar a la oración por los sacerdotes y por las vocaciones sacerdotales. Aprovechó aquel famoso manuscrito medieval, que, encabezado por el título «Un sacerdote debe ser...», iba describiendo todas las antinomias y los contrastes, que configuran y adornan el ideal de sacerdote. Así, dedicaba cada mes un dibujo a expresar el mensaje de una frase de este escrito. El conjunto despierta un deseo ilusionado de ser así, aunque mezclado con un sentimiento de impotencia: «¿Señor, quién puede alcanzar esta perfección?».

El manuscrito comienza: «El sacerdote debe ser un hombre en tensión hacia las cosas de arriba, los pies en el suelo, hecho para la alegría, conocedor del sufrimiento, ajeno a toda ambición.»

Vivir entre la tierra y el cielo, en tensión entre la felicidad adivinada y los límites experimentados en el presente, no es una condición exclusiva del sacerdote. Así vivimos todos los creyentes y todo el Pueblo de Dios. Pero el sacerdote ha entregado su vida para servir el cielo a sus hermanos de la tierra. Su presencia, su palabra y sus acciones en la liturgia y en la vida comunitaria son ofrecimientos de gloria a sus hermanos, que caminan aplastados por el peso y los trabajos de esta historia. Lo que pasa es que, para hacerlo, es preciso estar siempre muy cerca (dentro mismo) de este mundo, a fin de que sus hermanos puedan acoger el tesoro que él les ofrece. Debe ser, por ello, «especialista en las cosas de Dios, y a la vez especialista en humanidad».

Asimismo, el sacerdote, como todo el mundo, está hecho para la alegría, pues todos tenemos nuestro destino en el cielo. Pero lo que queremos decir es que el sacerdote debe ser particularmente capaz de alegría, precisamente porque está en tensión hacia el cielo y sirve la gloria a los hombres. Lo cual no le priva de sufrir, antes bien, tiene que conocer, sufrir y compadecer el sufrimiento, porque el cielo es precisamente el lugar de la compasión.

—La alegría debe ser el estado habitual de la existencia del sacerdote: él vive «enganchado» a la gloria.

—Las lágrimas causadas por las contradicciones propias y de sus hermanos, nunca le podrán arrebatarse la paz.

—En todo caso, esta tensión le hará crecer hacia... la pobreza.

El sacerdote sabe por experiencia que no se puede vivir de la gloria del cielo y servirla a los hombres, si no es desde la pobreza. Todo tipo de ambición, envidia o codicia, puesto que son mentira y contrarias a la gloria, sólo hacen que causar tristeza. Por ello la pobreza es la forma propia del cielo en la tierra, o sea, de la alegría en la historia.

2. Retos sacerdotales

Aquella condición del sacerdote de vivir entre el cielo y la tierra explica otras muchas «tensiones», que le afectan profundamente y que constituyen grandes retos, no fáciles de cumplir. Así, dice el manuscrito que glosamos: «Un sacerdote debe ser, a la vez, grande y pequeño, noble de espíritu, como de sangre real, simple y natural como un sencillo campesino, un héroe de la conquista de sí, un hombre que se ha batido con Dios.»

Insistimos en que estas aparentes contradicciones no son más que la aplicación al sacerdote de las antinomias evangélicas que todo cristiano ha de vivir. Como, por ejemplo, las antinomias tan escandalosas de las Bienaventuranzas, que proclaman «feliz» a uno que tal vez está llorando o sufre persecución por causa de la justicia... El sacerdote las vive de una manera particular, debido a su ministerio y a su posición dentro de la Iglesia. Pero quien entienda el Evangelio podrá fácilmente entender lo que decimos aquí del sacerdote.

Así, nada más abrir el Magníficat de María se da uno cuenta de que, según los criterios del Espíritu, la grandeza se realiza en la pequeñez, hasta confundirse con ella. Creo que antiguamente era costumbre, o estaba mandado, que el sacerdote volviese a la sacristía después de la misa recitando interiormente el Magníficat. Un buen presbítero se distingue por la manera como reza con el cántico de María. Toda la grandeza que pueda encontrarse en su ministerio, sólo es debida a la obra del Todopoderoso, que ha mirado su humildad. En él, la «nada» (de su persona) es el lugar adecuado del «todo» (del amor de Dios).

Igualmente, acostumbrados a los criterios evangélicos, no nos puede extrañar que en un sencillito campesino pueda haber infinitamente más nobleza de espíritu, que en uno noble de linaje, lleno de títulos. La nobleza que se le pide al sacerdote es la especial calidad evangélica, aquella espiritualidad trabajada y profundizada desde la experiencia. Una calidad espiritual, que no le sitúa en una especie de aristocracia, separado de los «últimos» del mundo, de los que no cuentan, sino que, al contrario, le empuja a encontrarse muy cerca de ellos, entre ellos, porque son precisamente los amigos «del Dios altísimo». Y creemos que la simplicidad y la sencillez evangélicas, si le facilitan al sacerdote la comunicación con los más sencillos, no las tendrá que perder, cuando trate con los poderosos, los que mandan, siempre tan complicados, habiendo asegurado, naturalmente, la clarividencia y la cordura.

Es por ello que el sacerdote es un hombre «esforzado», acostumbrado a la lucha.

—El sacerdote sabe qué es luchar contra el propio «yo», que pide constantemente ser reconocido, distinguido y valorado. Y como este «yo», constantemente expuesto a la mirada de los otros, se resiste a ser el último y aparecer «como quién no cuenta».

—Y sabe también de las luchas con Dios, teniendo el pueblo al lado, como Moisés y Jacob, hasta ser vencido por Él y su voluntad, siempre poderosa y salvadora.

—Y sabe que, a pesar de ser muchos los trabajos apostólicos, no puede más que acabar diciendo: «soy un siervo sin ningún mérito» (Lc17,10).

Porque al fin y al cabo, ¿de quién es la grandeza, la nobleza y la victoria?

3. El sacerdote en claroscuro

Un buen observador de la vida de los sacerdotes seguramente dirá que esta, como la de todos nosotros, la de todos los miembros de la Iglesia, es un conjunto de luces y de sombras. Personalmente creo que más luces que sombras, pero eso depende de factores subjetivos, de maneras de mirar, de criterios, de experiencias... En todo caso, esta manera de valorar la vida de los sacerdotes identifica obviamente las luces como lo positivo y las sombras como lo negativo.

Pero hay otra manera de utilizar la imagen de la luz y la sombra, que parece más acertada y más rica. La podemos sacar de la técnica pictórica del claroscuro. Siempre nos ha sorprendido esta técnica. Contemplando un cuadro de Tiziano o Caravaggio o Rembrandt, podemos quedar absortos, viendo cómo estos artistas han sabido disponer la luz y la sombra, para representar una imagen toda ella llena de vida. Lo más significativo es que los espacios oscuros no son algo negativo, sino que forman parte de la imagen, combinándose adecuadamente con la luz. Ésta es la que luce, mientras que aquellos hacen la función humilde de servir a este brillo. Pero son necesarios: sin ellos la luz no tendría ningún relieve.

Eso tiene un importante significado para la vida espiritual. Los contrastes que vamos viendo en la figura del sacerdote, se pueden valorar a partir de esta observación. El manuscrito medieval sigue así: «El sacerdote debe ser una fuente de santificación, un pecador que Dios ha perdonado, amo de sus deseos, un siervo para los tímidos y débiles, que no se rebaja ante los poderosos, pero que se inclina ante los pobres.»

Lo más brillante del sacerdote tal vez sea convertirse en una fuente de santificación, por su palabra, su servicio sacramental o su trabajo pastoral al frente de una comunidad. También, su fortaleza y su personalidad madura o su libertad frente a los poderosos. Pero forma parte de su figura también su condición de pecador como otro cualquiera, y su ayuda a los débiles y su servicio humilde a los pobres, sus «señores». Éstas son las sombras que combinan bien con las claridades de aquellas luces: son los «espacios» necesarios, sin los cuales aparecería una figura del sacerdote deforme y falsa. Porque el sacerdote de Jesucristo no es sólo una fuente de santificación, ni un líder, ni un profeta libre.

—El olvido de lo más brillante del sacerdote vacía el ministerio de entidad, hasta el punto de parecer que su tarea no tiene sentido y que cualquiera podría hacerla.

—El olvido de lo más escondido en la sombra de la vida del sacerdote favorece la prepotencia y el orgullo, incompatibles con el ministerio.

—Los dos olvidos falsean el auténtico apóstol de Jesucristo. Pues Jesucristo, sin dejar de ser la luz del mundo se hizo negra noche, para ser Apóstol del Padre.

Cuando el sacerdote se sale de la vía marcada por su Maestro, el claroscuro de la Encarnación, entonces no sólo falsea el sacerdocio, sino que además lo hace estéril.

4. Al servicio del amor multiforme

Uno de los rasgos más significativos de la madurez de un sacerdote es la «flexibilidad». Flexibilidad no quiere decir debilidad o falta de criterio, menos aún contemporalización o demagogia. La flexibilidad que se le pide al sacerdote es totalmente positiva y procede del hecho de que tiene que vivir interiormente actitudes muy diferentes, para ser fiel a los contrastes de los que venimos hablando.

Los contrastes de la vida de un sacerdote son su riqueza, y las vivencias interiores que piden, constituyen, por ello, las características de una personalidad especialmente cultivada y madura.

El manuscrito medieval nos recuerda: «El sacerdote es discípulo de su Señor, guía de su rebaño, un mendigo de manos bien abiertas, un portador de innumerables bienes, un hombre en el campo de batalla, una madre para confortar los enfermos.»

Discípulo y guía a la vez. Un contraste que pide saber aprender y enseñar, recibir y dar, dejarse llevar e ir adelante. Pero con la particularidad de que, cuando es guía de la comunidad, ha de reconocerse simultáneamente como discípulo del único maestro, junto a los hermanos que también caminan. Y cuando ejercita la condición de discípulo no puede olvidar (como por ejemplo en la oración) a sus hermanos a los cuales sirve como guía de la comunidad. El sacerdote así es, él mismo, buscador de Dios y comunicador del Dios que ya ha encontrado.

Mendigo y portador de bienes abundantes. Como aquel que no puede poseer el misterio, siempre mucho mayor que su capacidad de comprensión; como aquel que se sabe constantemente pecador e indigno del amor de Dios y nunca dejará de pedir a la misericordia de Dios un poco de luz para sus dudas y un poco de amor perdonador para sus pecados. Por ello las manos son muy importantes en el sacerdote. Siempre muy abiertas: hacia Dios, para recibir de Él todos los bienes y hacia los hermanos para repartírselos.

Guerrero y madre. En eso san Pablo era un maestro. El combate que ha de librar el sacerdote pide firmeza y fuerza, pues el oponente, dice el Apóstol, es más que humano (cf. Ef 6,11-12) y se debe hacer «blandiendo a derecha e izquierda las armas de la justicia» (2Co 6,7). A la vez este fuerte «guerrero» debe tener sentimientos propios de una madre, «que cría y da calor a sus hijos» (1Te 2,7) o de un padre «que alienta a los hijos a vivir de una manera digna de Dios» (1Te 2,11-12). Y tiene que actuar efectivamente de esta manera, con delicadeza, mirando su bien, desgastándose por ellos (cf. 2Co 12,14-15).

—No podemos entender estas exigencias vitales del sacerdote, si no tenemos presente el hecho de que él es un servidor del misterio, que le sobrepasa absolutamente.

—Ya que nunca poseerá el misterio, sólo puede dejarse atravesar por Él.

—Y eso sólo es posible porque este misterio es misterio de amor.

No es una idea, ni un objeto, ni una forma atractiva creada por los hombres. Es el amor de Dios multiforme, buscado y pedido, luz de la inteligencia, fortaleza de la voluntad y calor del afecto, aquello a lo cual sirve el sacerdote, dejándose penetrar por Él, para ponerlo al alcance de los hermanos.

5. Inocentes y sabios

El sacerdote vive en su propia carne uno de los contrastes más llamativos que los evangelios nos han dejado en boca de Jesús: «Mirad, yo os envío como ovejas en medio de lobos: sed astutos como serpientes e inocentes como palomas» (Mt10,16). De paso nos enseñaba que de la observación de la fauna podemos sacar lecciones de vida.

El contexto de esta frase muestra que Jesús estaba pensando, sobre todo, en los Apóstoles y sus sucesores: habiendo elegido los Doce, les daba unas instrucciones, que la comunidad primitiva no tardó en recordar, a la vista de la experiencia que vivía: los Apóstoles denunciados ante los tribunales. Es inevitable pensar en el asedio que hoy vive la Iglesia y particularmente los presbíteros y los obispos. Si bien hay que decir que Jesús se refería a las denuncias contra los Apóstoles «a causa de Él y de su Evangelio». Hoy, cuando somos denunciados, lo somos, en parte a causa de nuestros errores y pecados y en parte también a causa de su nombre... En definitiva, permanece la lección sobre cómo debe ser el sacerdote y cómo ha de «saber estar» en este mundo.

El manuscrito lo decía así: «Con la sabiduría de la edad y la confianza de un niño...»

Jesús hablaba del contraste entre el lobo y la oveja, la serpiente y la paloma. El manuscrito representa el contraste con la figura de un anciano y un niño. La primera imagen es alternativa, quiere decir que el sacerdote encontrará lobos, más aún, es enviado a los lobos, pero él seguirá siendo una oveja: no dice Jesús «os he hecho lobos para que podáis vencer a los lobos que hay en el mundo». Lo que dice es: «aunque ser lobo será una tentación, tenéis que saber permanecer ovejas en medio de lobos». En cambio, las otras dos figuras son también de contraste, pero no alternativas, sino afirmativas ambas: el sacerdote debe ser a la vez astuto e inocente, experimentado por los años y confiado como un niño. Si es difícil seguir siendo oveja entre lobos, no lo es menos ser a la vez astuto e inocente, experimentado y confiado.

—El sacerdote sabe que no puede responder con las mismas armas con las cuales quizá es atacado. Como su Maestro tiene que permanecer oveja pacífica y débil, si es preciso hasta llegar a ser «el cordero del sacrificio».

—Pero eso no le priva de la inteligencia y de la sabiduría de la vida. Al contrario, le obliga a ir con los ojos bien despiertos, para defender el rebaño y las ovejas más débiles.

—Eso sí, tratará de garantizar la inocencia personal y de preservar la radical confianza en el ser humano, siempre amenazadas por los constantes golpes de la vida.

Se oyen voces que piden una apologética moderna. Sabemos por experiencia que una apologética barata y superficial, normalmente, cae en el ridículo y, además, es inútil. Pero sí nos es necesaria una apologética inteligente, seria y objetiva, la de los grandes pensadores cristianos. Es la que se pide al sacerdote: la Verdad se defiende por ella misma, pero siempre ha buscado servidores...

6. Ojos, labios y corazón de sacerdote

Dios nos ha concedido la gracia de conocer algunas personas que han sabido realizar en sus vidas lo que al común de los mortales parece difícil o, incluso, imposible. Recuerdo especialmente un laico, muy cercano a mí, para mí admirable, muy inteligente y culto, de una perfecta nobleza y fidelidad a la Iglesia y al obispo, pero a la vez radicalmente libre para manifestar lo que creía era verdad. De hecho, hablaba y actuaba con absoluta fidelidad y libertad a la vez, sea ante la autoridad, sea ante un hermano del Movimiento (de Acción Católica). No siempre se hacía lo que él decía, pero siempre era escuchado: sus palabras tenían el peso de la autenticidad de su persona y de la limpieza de intención. Yo mismo comprobé que eso no lo hacía sin pagar el precio de fuertes sufrimientos internos y de alguna que otra enfermedad.

El manuscrito lo pide al sacerdote: «Clarividente, hablando con franqueza, un amigo de la paz, un enemigo de la inercia, siempre constante...»

La clarividencia y la franqueza en el hablar parecen dos hermanas que van de la mano: es una misma claridad, tanto en el conocimiento como en el habla. Pero a veces alguna de las dos se pierde por el camino y, entonces, el efecto es nefasto. Una verdad conocida y no manifestada por miedo, es como si no existiese; un hablar franco, que no diga una verdad es una mentira inútil.

Lo que se le pide al sacerdote es unos ojos de la inteligencia bien despiertos y, a la vez, unos labios libres y valientes para decir la verdad conocida. Un poco más difícil es que estas dos virtudes den la mano también a la paz. Ya nos decían los filósofos griegos que podemos ser amigos y procurar la paz que da la amistad, pero que más amigos tenemos que ser de la verdad, y ésta no se puede esconder. Por otra parte, ¿de qué nos serviría la paz, si no fuera construida sobre la verdad? ¿De qué sirve un sacerdote simpático y amable, que ama a todos y de todos es amado, si goza de esta paz, porque nunca dice la verdad tal y como es, sino que sólo manifiesta lo que cada cual quiere escuchar? Los amigos de la verdadera paz lo son antes de la verdad.

Aún se nos habla de otra amiga, que dándole la mano, aporta al grupo de virtudes el gran valor de la eficacia. Es la constancia. Vive muy ligada a la firmeza y la fidelidad y no tiene nada que ver con la inercia (falta de fuerza y creatividad) y la tozudez (falta de escucha, de flexibilidad y de cordura). Frente a la inercia, la constancia es activa, frente a la tozudez, permanece abierta. Aprendamos del Apóstol de la Nueva Alianza:

—El sacerdote no lleva ningún velo en la cara, ni para mirar ni para hablar: va con los ojos abiertos y la cara descubierta reflejando la gloria de Dios (2Co 3,12-18).

—Su palabra, en tanto que Palabra de Dios, no está encadenada (2Tm 2,9), sirve a la verdad con paz, amor y pedagogía (2Tm 2, 22-26).

—Permanece en su servicio, «constante en el amor no fingido» (2Co 6,6) hasta desgastarse y consumirse (2Co 4,16).

Nada de lo que pedimos al buen sacerdote resulta contradictorio si recordamos que, como virtud evangélica, siempre es obra del Espíritu Santo, el Dios - amor en él.

7. Te basta con mi gracia

El manuscrito acaba en puntos suspensivos, como queriendo decir que aún hay una larga lista de antinomias que corresponden al buen sacerdote y que constituyen verdaderos retos para su vida.

Pero hay además otra frase, a manera de apéndice y de confesión, que concluye también con puntos suspensivos: «Un hombre tan diferente de mí...»

Se supone que ha sido un sacerdote el escritor de este texto. Y, la mirada a todo el conjunto de exigencias, ha despertado en su interior un sentimiento profundo de impotencia y pobreza. Ve que todo cuanto se le pide al sacerdote es una montaña difícil de subir y que estas exigencias le sobrepasan absolutamente.

No sabemos qué haría el autor después, como consecuencia de esta percepción. Los puntos suspensivos, ¿qué quieren decir? No nos gustaría que la reacción fuese dar la espalda y abandonar. La memoria de los apóstoles, y de tantos sacerdotes a lo largo de la historia, bastaría para hacerle desistir de esta actitud. Son muchos los que han experimentado los mismos sentimientos que él y han sido capaces de llevar adelante el sacerdocio con dignidad...

Tal vez los puntos suspensivos den a entender una llamada a ser ayudado y ser comprendido por los hermanos laicos; tal vez signifiquen un gesto de abandono a la gracia de Dios; tal vez un recuerdo de aquellas palabras del apóstol: «Te basta con mi gracia. En la debilidad se manifiesta plenamente mi poder» (2Co 12,9).

Creemos que hemos de ir más allá. Este sentimiento de impotencia, lejos de ser algo negativo, es auténtica señal de salud espiritual. Incluso podemos decir que constituye una condición necesaria para discernir la vocación al sacerdocio. Porque así como la capacidad para cualquier trabajo se mide según «el dominio» que el candidato tiene de la profesión, la capacidad para el sacerdocio se ha de medir «por el dominio que el sacerdocio tiene de la persona». El sacerdocio no «se puede dominar» y, en cierta manera, no «se puede aprender» (en el sentido etimológico de esta palabra: tomar, coger, poseer, apoderarse). La capacidad para cualquier profesión depende de las habilidades, naturales o adquiridas, de la persona. Pero todos conocemos personas que, por sus habilidades (inteligencia, comunicación, liderazgo, personalidad, simpatía...), serían unos buenos sacerdotes y, en cambio, no pueden serlo, porque tal vez les falta lo más esencial: estar poseídos por el misterio.

Se llega a estar poseído por el misterio cuando uno se ha dejado conquistar y coger por él. Y se llega a dejarse conquistar, cuando uno renuncia a ser él mismo quién conquista y domina.

—El sacerdote es un cristiano que vive absolutamente sostenido por la gracia.

—El amor de Dios se manifiesta y se comunica en su debilidad.

—No necesita nada más, sino esforzarse por ajustar su humanidad a este amor.

Las cualidades que hemos ido descubriendo en el sacerdote, de la mano del Poema Anónimo, a pesar de entrar dentro de la categoría de lo que suele llamarse «cualidades humanas», en el fondo, son imposibles, porque responden a la humanidad que pide el misterio para hacerse presente. Dejemos, pues, que el misterio haga el resto.